

Appropriate interventions in architectural heritage

Reflection from the local context



Intervenciones apropiadas en el patrimonio arquitectónico

Reflexión desde el contexto local

Marcela Hurtado S.

Abstract

With the growing number of interventions in the national architectural heritage is necessary to review how to develop such projects, given that you do works that have a value relevant to a community.

From this it is proposed that this discussion is done from our own reality, emphasizing the characteristics and specific conditions of our cultural heritage. The history of architecture is a starting point for review of three aspects that would be differentiating our architectural production.

The history of architecture is validated is one that takes as its starting point in Latin America, the place where these works were born. Traditionally our architecture has been explained from Europe, getting wrongs explanations.

In the historical process of consolidation of our architectural history are elements that give great values and originality to these works.

These are associated with the hybrid status of our culture, technological innovation, resulting in original solutions, and close relationship with the American landscape.

These aspects actually seek to interpret and appreciate the local architecture, thereby raising more appropriate interventions, and also contributing to the discussion of contemporary architecture in Latin America.

Finally we review the issue of extension of the concept of heritage, to integrate work categories and groups, thus achieving better integration and identification between people and their built heritage.

Keywords: Architectural Heritage, Latin America, technology, landscape

Resumen

Frente a la creciente cantidad de intervenciones en el patrimonio arquitectónico nacional se impone una revisión de las formas de enfrentar este tipo de proyectos, considerando que se actúa sobre bienes que tienen un valor relevante para un grupo humano determinado.

A partir de esto se propone que dicha discusión se realice desde nuestra propia realidad, poniendo el énfasis en las características y condiciones específicas de nuestro patrimonio cultural. La historia se presenta como entrada a la revisión de tres aspectos que serían diferenciadores de nuestra producción arquitectónica. La historia que se acepta es aquella que se explica desde América, por sobre las visiones que la presentan como una extensión de la cultura arquitectónica europea. Revisando este proceso histórico que configura nuestro patrimonio arquitectónico destacan algunos aspectos que serían los que le otorgan valor y originalidad a nuestra arquitectura.

Éstos están asociados a la condición híbrida de nuestra cultura, a la innovación tecnológica, que da como resultado originales soluciones, y a la estrecha relación con el territorio americano.

Estos aspectos apuntan a interpretar y valorar efectivamente la arquitectura local, planteando así intervenciones más apropiadas, y aportando además, a la discusión sobre una arquitectura contemporánea para Latinoamérica.

Finalmente se aborda el tema de la extensión del concepto de patrimonio hacia categorías que integran obras y grupos humanos, logrando de esta forma una mejor integración e identificación entre los pueblos y su patrimonio construido.

Palabras Claves: Patrimonio arquitectónico, América Latina, tecnología, paisaje

A+C

Siempre es deseable revisar de qué manera se debiera intervenir la arquitectura preexistente en el contexto local, latinoamericano, en el sentido de fijar los puntos sobre los cuáles corresponde poner la atención, y que caracterizan a la producción local. Especialmente al vernos enfrentados recurrentemente a tener que operar sobre ciudades y pueblos – o partes de ellos – producto de la obsolescencia de las antiguas construcciones, o bien frente a la urgencia que imponen los desastres naturales. Del mismo modo la crítica y discusión teórica sobre estos conceptos no cesa, así como el desarrollo tecnológico asociado, todo lo cual impone una puesta al día y reflexión constantes.

El punto de partida debiera situarse en un conocimiento y valoración de la herencia construida, lo que llamamos patrimonio arquitectónico o urbano, así como la voluntad – teórica al menos – de promover su preservación. En este sentido cobra importancia la correcta interpretación que hagamos de la arquitectura local, proceso en el cual la revisión de la historia de una obra es fundamental. La historia del proceso de configuración de la obra, desde el origen hasta la actualidad es clave en la construcción de un perfil de valoración que fundamente los tipos y formas de intervención apropiadas en cada caso.

Por otro lado la necesaria extensión del concepto de patrimonio ha producido una “bajada” del tema y una masificación en el manejo del término que también debe observarse y adaptarse a la propia realidad. Respecto de ambos aspectos – la historia del proyecto y el concepto de patrimonio – las definiciones y conceptualizaciones debieran ser elaboradas desde el propio contexto, este es, desde América Latina. A continuación se proponen puntos de vistas para emprender las intervenciones en nuestro contexto construido, desde los aportes que han realizado teóricos y especialistas preocupados de encontrar en la propia arquitectura los fundamentos para su preservación, tanto conceptual como técnica.

1. El sentido de la historia del proyecto en la identidad local

Con el concepto de historia del proyecto se quiere situar el origen de una obra en un contexto cultural de ideas, paisaje, tecnología y sociedad, y su transcurrir en el tiempo. Esto, como una forma de buscar los vínculos profundos del sentido y relación de los hechos arquitectónicos con la identidad de un pueblo, por sobre la historia de una obra desvinculada de la complejidad contextual en que se inscribe.

En las últimas décadas se viene desarrollando una revisión crítica de la historia de la arquitectura local, en términos de lograr una adecuada interpretación de los hechos construidos en nuestro territorio. En esta línea destacan los trabajos de Ramón Gutiérrez (1997) y de Marina Waisman (2009) entre otros, quienes insisten en esta búsqueda de caminos propios, que aporten al conocimiento de nuestra arquitectura, punto de partida para el planteamiento de adecuados proyectos de intervención.

Lo anterior, reconociendo que la arquitectura local ha sido por largo tiempo explicada desde fuera, esto es, desde visiones europeas, las cuales evaden o subestiman los temas centrales de nuestra realidad

cultural, histórica y geográfica. Desde esta "tradicional" mirada se ha presentado a la arquitectura latinoamericana como una extensión de la europea, forzándola a clasificaciones temporales y estilísticas que por sobre todo le restan valor y conducen a interpretaciones equivocadas de la interesante producción local. Más allá del problema historiográfico que esto implica, la equivocada interpretación redundaría en la exclusión de temas – y obras – fundamentales de nuestra tradición y base para la propuesta de una arquitectura contemporánea, o bien en intervenciones inconvenientes sobre estas mismas obras. Se participa por tanto de la afirmación – nada original por cierto – de que la tradición histórica sería una componente fundamental – si bien no la única – en la construcción de la nueva arquitectura de un pueblo.

La pregunta que surge es cuál es la manera de aproximación – la metodología – para cumplir con el propósito de comprender la arquitectura local; cuáles serían, si cabe, los temas que instala esta arquitectura latinoamericana; desde qué óptica construir esa mirada que es pertinente. Esta primera interrogante exige situarse informado en el propio contexto, tomando como centro el hecho arquitectónico y/o urbano que se estudia. Supone asimismo fijar un punto de vista que considere e identifique los temas irrenunciables que han caracterizado a la producción arquitectónica local. Estos temas serían:

A. El sincretismo.

La condición sincrética de nuestra arquitectura – y de nuestra cultura – es un hecho innegable que sin embargo no está aun suficientemente comprendido o incluso aceptado. Existe una tendencia a subestimar la aportación indígena, actitud que en determinados momentos de la historia americana se ha exacerbado, consiguiendo de este modo un retroceso o estancamiento en la construcción o consolidación de una cultura propia, destruyendo de paso un pasado reciente¹.

Admitiendo esta idea – de lo sincrético – el origen estaría en el encuentro de las dos culturas, la originaria que aportan los propios habitantes del continente y la hispana de mano de los conquistadores. Esto ya nos enfrenta a la pregunta acerca de lo propio o identitario de cada uno de estos grupos, frente a lo cual surge una primera evidencia: ninguna de estos grupos era culturalmente homogéneo, ni aquéllos provenientes de la recién reconquistada península hispana, ni aquél compuesto por la enorme cantidad de grupos que con diferentes formas de organización social y económica ocupaban lo que hoy conocemos como América. Esto reafirma la idea del nacimiento de algo nuevo, desde un proceso selectivo, más o menos consciente.

En lo que respecta a la arquitectura, las formas y estrategias de dominación así como las invariantes que planteaba el contexto local comienzan a forjar tempranamente respuestas arquitectónicas que, a pesar de las variantes regionales, cumplen con la condición de ser híbridas, en términos morfológicos, estilísticos y tecnológicos, apartándose de los referentes europeos. (Figura 1)

1 Autores como Larraín (1994) o Gutiérrez (1990) coinciden en señalar el momento de la Independencia como uno de los más críticos en términos de negación de un pasado reciente, con toda una producción cultural que se origina genuinamente en América. La fuerte influencia del pensamiento ilustrado, con un discurso que apela a la razón, no deja lugar a la una visión "simbólico – sensible" que venía acuñándose bajo la figura de lo que será denominado como "barroco americano". Se sustituyen de esta forma años de elaboración y síntesis en beneficio de una mal entendida construcción de identidades nacionales, que más bien fue la tosca apropiación de historias que nos eran ajenas.



Figura 1: Vivienda Iquique. La tipología de vivienda de diversas ciudades portuarias chilenas, donde es posible identificar elementos que se trasladan de manera literal (puertas, ventanas, tecnologías) pero con innovaciones morfológicas, que dan cuenta del lugar donde se ubican. En este caso en el puerto de Iquique se incorpora una terraza superior cubierta con un sombreadero, adaptada al clima local.

Casos interesantísimos aporta la arquitectura religiosa que debió realizar importantes concesiones formales, entre otras, para integrar prácticas rituales prehispánicas, como el uso del espacio exterior y la resistencia a los interiores. Los modelos que surgen de esta forma – las capillas abiertas o las capillas posas, por ejemplo – no pueden menos que calificarse como absolutamente originales y apropiados, en la medida que son el resultado de este nuevo escenario cultural². Son por lo demás obras de gran complejidad no sólo morfológica sino también simbólica, que obligan a integrar y sintetizar rasgos de ambos grupos. (Figura 2)

En términos de intervención sobre el patrimonio construido, el llamado es a construir a partir de estas acciones la continuidad histórico – arquitectónica necesaria, evitando las sucesivas “rupturas” que nos hacen permeables a toda propuesta foránea, sin la necesaria reflexión crítica acerca de su pertinencia. En la arquitectura histórica estarían las claves y fundamentos de una producción híbrida que tendemos a desconocer o a subestimar, por el propio desconocimiento, dando cabida a modelos que no se conectan con nuestra realidad social ni cultural. Se plantea la hipótesis, por tanto de que la arquitectura histórica que verdaderamente reconocemos y validamos en América es por sobre todo aquella que se vincula profundamente con la sociedad y la cultura locales, o sea, es efectivamente sincrética.

Esta actitud sin embargo no se contradice con la propuesta de una nueva arquitectura, incluso dentro de las áreas más consolidadas de nuestros centros históricos; más bien se advierte que esta nueva propuesta no puede ser un simple traslado de ‘exitosas’ experiencias programáticas, formales, tecnológicas, o sociales – como ocurrió en ciertos momentos de nuestra historia, especialmente cuando Francia se volvió nuestro modelo a seguir – que desconocen rasgos esenciales de la cultura local.

“Es preciso sin embargo, combatir dos actitudes propias del sistema de ruptura. La primera la contumaz destrucción de la historia, en este caso de nuestro patrimonio arquitectónico, la segunda la persistente necesidad de mimetización con los modelos centrales que impide la reflexión sobre lo propio y la formulación de un camino alternativo.” (Gutiérrez, 1990: 262)

2 Estas obras constituyen además el soporte de las festividades religiosas, otra manifestación cultural sincrética, que se enmarca dentro de lo intangible, absolutamente vigentes, que han favorecido la sobrevivencia de numerosos poblados rurales.



Figura 2: Torres de las iglesias de los pueblos de Guañacagua y Belén. La torre exenta de las iglesias andinas es un claro ejemplo de una tipología resultante desde vertientes locales (indígenas), y la imposición de un programa arquitectónico (el conjunto religioso). Se trata de un tipo que no encuentra claros antecedentes europeos, a pesar de la relación que se les ha buscado establecer con los alminares mudéjares o los campaniles italianos.

La pregunta que surge es ¿en qué momento América deja de crear sus propios modelos y se rinde a la exportación de todo tipo de productos? Los enfrentamientos con la “modernidad imperante” a lo largo de nuestra historia han impactado fuerte; se requiere de una voluntad más generalizada por parte del oficio de la arquitectura para dar respuesta al ámbito en que se ubicará y al grupo humano que servirá, siendo bienvenidos los referentes y modelos foráneos debidamente adaptados.

B. La técnica.

Sobre la técnica y/o tecnología que caracteriza a la arquitectura local se ha puesto poca atención, en circunstancias que el un factor determinante en la resultante formal y en la caracterización – y valoración – que podamos efectuar de las obras. Esta subestimación temática no es una actitud exclusiva nuestra: por lo general se comienza con la presentación de las obras arquitectónicas desde una catalogación o filiación estilística por sobre la técnica, además de cronológica, la cual requiere de otros conocimientos y metodologías de aproximación. Con todo, y dada la relevancia del tema, se dispone textos compilatorios interesantes (Mark, 2002) que abordan la arquitectura occidental europea, y que podrían servir como modelo para estudios latinoamericanos.

“El análisis completo de una edificación debe tener en cuenta todas las funciones para las que fue diseñada ... Con nuestro enfoque de la tecnología, sin embargo, esperamos arrojar algo de luz sobre un aspecto de la historia de la arquitectura que ha permanecido oscuro demasiado a menudo para nuestros colegas y estudiantes.” (Mark, 2000:9-10)

Hay varias aristas sobre las cuales se puede reflexionar en este sentido: la más importante radica, considerando el tema central de este artículo, en el hecho de que todas las intervenciones que se realicen en una obra preexistente involucran actuar sobre los materiales y su puesta en obra (la técnica), y bajo esta idea debiera no sólo conocerse la técnica constructiva que da cuerpo a una obra, sino también hacerse consciente de la necesidad de conservación y cuidados a la hora de actuar sobre éstos, dado que se trata, en estricto rigor, de “originales”. Esto lo enfatizan varios autores, apuntando directamente a la problemática de la restauración arquitectónica (Brandi, 1977) o desde una reflexión como la que propone Eco (1990) centrada en la fragilidad de la materia y su

inevitable decadencia y deceso. El punto de partida para ambos es la obra de arte, pero traspasan del campo de la valoración artística al campo de lo material.

Esta reflexión lleva implícita la importancia – y responsabilidad – de conocer y conservar esa “materia” que constituye, en su realidad física, la obra. En la medida que se desconozca o subestime esa indivisible relación, la propuesta de intervención estará incompleta – y probablemente equivocada en las soluciones técnicas que se planteen –, y la obra no será entendida en su verdadera complejidad y valor. Esta visión integral que se plantea incorpora evidentemente la componente estructural, igualmente poco explorada, en circunstancias que los eventos sísmicos en nuestro país se suceden y la respuesta de las estructuras tradicionales se evalúa frecuentemente desde los prejuicios y aproximaciones parciales³.

Solemos, en efecto, desconocer la forma como nuestros edificios históricos están contruidos, tanto en su materialidad como en lo relativo a las técnicas empleadas, y una vez más no existe una coincidencia entre la tradición constructiva europea y la propia. En este hecho radica uno de los grandes valores de nuestra arquitectura, en la innovación técnica que supuso adaptar los recursos disponibles y las tipologías foráneas. El resultado no puede menos que ser original, dado que las réplicas no fueron evidentemente posibles: la lectura que se sugiere más bien es la valoración del resultado de este proceso, esto es, la aparición de una arquitectura apropiada técnicamente al contexto cultural en el que surge. (Figura 3)

La técnica por lo tanto debe integrarse al estudio y análisis de los edificios del pasado, como una componente que le agrega valor y contribuye a la correcta interpretación de los hechos contruidos y la forma de preservarlos e intervenirlos.

C. El contexto geográfico.

Tras el concepto de geografía y su relación con lo construido surgen aparejados las problemáticas de la escala, la topografía, el clima y los recursos por un lado, pero también aquéllas que relacionan al hombre con la naturaleza, que no son menos importantes, en cuanto influyen sobre la configuración de su hábitat (Glacken, 1996).

En este sentido el significado que le otorgaban los grupos prehispánicos a los elementos de la naturaleza es interesante, debido a la estrecha relación que existe con la vida cotidiana – y en consecuencia con lo construido –, la cual se subordina a un “orden” superior que proviene del cosmos. Es un antecedente que se debiera tener a la vista si somos coherentes con la idea de esta cultura latinoamericana híbrida, tanto a la hora de interpretarla como de intervenirla. Esta es, sin embargo, una característica de diversos grupos prehistóricos, más allá de los que habitaron nuestro continente. De la lectura que podemos hacer, en cambio, desde la escala, la topografía, el clima y los recursos asociados, se desprenderían particularidades que sí pueden contribuir a la definición de una identidad y al planteamiento de variables vigentes para la arquitectura contemporánea local, a partir de la valoración de la tradición arquitectónica.

3 El último sismo, 27 febrero 2010, que azotó a una zona con abundante patrimonio arquitectónico en tierra dio cuenta de este vacío en la investigación y falta de conocimiento de las tecnologías tradicionales. Las pérdidas causadas por malas decisiones o daños por intervenciones inapropiadas son irreparables.



Figura 3: Iglesia de los Doce Apóstoles. Valparaíso. La solución tecnológica que adoptan las bóvedas de crucerías en estilo góticas de este templo se debe a la tradición constructiva local, los materiales disponibles y la sismicidad propia de nuestro suelo.

La escala del territorio es sin duda un aspecto relevante de nuestro continente, que impacta al europeo en el momento que pisa – o sobrevuela – el paisaje americano. Los registros gráficos y escritos abundan, desde el momento de la conquista, y son ilustrativos de la percepción e impacto provocado en el observador foráneo. Es el caso de la Cordillera de los Andes, por ejemplo, recurrentemente representada o descrita tempranamente por los cronistas españoles en su toda su inmensidad y extensión. Pedro Cieza de León, a mediados del siglo XVI registra, ya sea desde la propia experiencia o recogiendo los testimonios de sus compañeros, acerca de la envergadura del cordón montañoso andino:

“Esta cordillera de sierras que se llama de los Andes se tiene por una de las grandes del mundo, porque su principio es desde el estrecho de Magallanes, a lo que ha visto y crece; y viene de largo por todo este reino del Perú, y atraviesa tantas tierras y provincias que no se puede decir.” (Cieza de León [1553] 1984:343).

Pero varios siglos más tarde, con un conocimiento bastante más acabado y pormenorizado de América, Le Corbusier, como parte de su viaje a Sudamérica en 1929 durante el cual sobrevuela la zona del Río de la Plata y estudia su cartografía, se ve sobrecogido por la esta misma escala, al describir, las llanuras y cuencas fluviales.

“Miren ustedes el mapa: todo es gigantesco y, de vez en cuando, puede verse un poblado, alguna ciudad...desde el avión, he visto unos espectáculos que podrían calificarse de cósmicos... finalmente el río Paraguay, que aquí es ya al final de su curso, en su confluencia con el

A+C



Figura 4: Plano pueblo de Huaviña. La morfología del asentamiento determinada por los suelos cultivables y la topografía.

Paraná, y que sube indefinidamente hacia el norte, en la selva virgen del Brasil, hasta muy cerca del Amazona. El curso de estos ríos, en estas tierras que no tienen límites y son completamente llanas..." (Le Corbusier, 1999:19 – 29)

Esta escala determina no sólo la envergadura de las instalaciones arquitectónicas, posibilitando además el diseño ex novo de asentamientos, sino que define y condiciona una organización territorial, con formas de conectividad y movilidad desde épocas prehispánicas – el caso del Qhapaq Ñan o Camino Principal Andino – que son únicas, y donde subyace el sentido de escala americana.

En la misma línea, situados en la búsqueda de aquellos rasgos del paisaje que se entienden determinantes en la definición de las formas arquitectónicas locales, la topografía y los recursos asociados ofrecen una entrada a una interpretación pertinente, en la cual se comprende la relación entre el contexto y las formas resultantes. Esta lectura puede hacerse desde la escala territorial o urbana, vale decir desde el análisis de los y las relaciones entre ellos, y del mismo modo desde la otra escala, la de la obra. Ambas aproximaciones dejan traslucir un saber hacer, un conocimiento del medio y de los grupos humanos asociadas a ese medio. Esto es quizá más fácil de comprobar en los poblados prehispánicos: un asentamiento localizado en la precordillera de la región de Tarapacá, Huaviña, sobre los márgenes de la quebrada del mismo nombre, define su morfología a partir del suelo libre que dejan los cultivos aterrazados en chacras – las cuales se extienden en la medida que se logre conducir el agua de riego – y el arranque de las montañas. Es un patrón típico de estos asentamientos espontáneos precordilleranos, situados en los bordes de las quebradas: formas alargadas, viviendas alineadas, privilegiando las áreas



Figura 5: Campamento de Sewell. Las unidades de viviendas, tipologías prefabricadas de origen norteamericano, adaptadas y dispuestas en las laderas.

productivas, configurando una ordenación lineal por sobre la cuadrícula o los espacios públicos “regulares”. (Figura 4)

Siempre en Los Andes, a comienzos del siglo XX, con toda la tecnología de la revolución industrial a su servicio, el campamento minero de Sewell⁴ es otro ejemplo de un asentamiento, planificado, funcional y eficiente, que adopta una morfología condicionado por los mismos factores que el pueblo agrícola de la quebrada de Tarapacá: la topografía y favorecer la explotación de recursos, en este caso, minerales. Las tipologías arquitectónicas foráneas⁵ tuvieron que adaptarse a punta de zapatas, escalonamientos y contenciones para instalarse en las empinadas laderas. (Figura 5)

“Sobre la ladera norte, (...) se tendió a localizar preferentemente los edificios habitacionales, en función del orden que sugería la topografía más que siguiendo un plan abstracto, por lo que no hay, en general edificios paralelos entre sí, ni en ángulos rectos, lo que genera un paisaje urbano con edificaciones presentadas en escorzo, en cuyo trasfondo se aprecian retazos de cordillera, en un juego dual entre entorno natural y paisaje construido.” (Garcés, 2007:80).

4 El campamento de Sewell está localizado en las laderas del Cerro Negro, entre los ríos Teniente y Coya. Su construcción se inicia en 1905, por parte de la Breden Copper Company. En el año 2006 es declarado Patrimonio Mundial de la UNESCO, por su excepcionalidad y singularidad.

5 Al igual que en gran parte de las ciudades chilenas, en especial en los puertos, por la fuerte influencia inglesa y norteamericana la técnica del Balloom Frame se convierte en una tecnología que por sus cualidades será profusamente empleada: un esqueleto de madera de fácil montaje que aseguraba un buen comportamiento frente a los sismos, posibilitando las adaptaciones a la topografía, en un contexto donde existía una tradición de uso de este material.

Ambos asentamientos, ya sea desde un lento proceso de configuración o desde la planificación racional de sus partes y funciones, son indisolubles del contexto natural en que se emplazan. Son más bien las construcciones o las obras en general – ya sea la andenería o las vías férreas – los que se adaptan a lo preexistente – en este caso el territorio – por sobre las grandes alteraciones en el paisaje, actitud que claramente contrasta con las estrategias más recientes, que desconocen o subestiman los órdenes que impone el medio natural, con nefastas consecuencias.

2. La extensión del concepto de patrimonio. El papel del Consejo Internacional de Monumentos y Sitios, ICOMOS

En las últimas décadas ha existido a nivel nacional una creciente preocupación por la protección del patrimonio cultural, con acciones más sistemáticas – e inéditas – por parte de organismos públicos y privados que, junto con favorecer la preservación del patrimonio cultural nacional, han contribuido a la masificación y difusión de este concepto. Esta actitud se celebra, considerando, por ejemplo que Chile tiene cinco sitios inscritos en la Lista de Patrimonio Mundial de la UNESCO, que debieran ser manejados bajo los estándares que impone esta nominación.

En el ámbito conceptual, sin embargo, existen ciertos vacíos que es importante atender, en beneficio de la conservación y especialmente de la generación de un sentimiento de pertenencia e identificación los grupos humanos con su propio patrimonio. Parte importante de esta discusión ha estado liderada al interior del Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (ICOMOS)⁶, organismo no gubernamental que nace el año 1964 al amparo de la UNESCO, y que tiene como uno de sus propósitos fundamentales velar por el cumplimiento de la Convención sobre la protección del Patrimonio Mundial Cultural y Natural (UNESCO, 1972)⁷. Desde esta plataforma de especialistas de diversas áreas del conocimiento se han redactado una serie de documentos, resultados de la reflexión y debate en torno a temas contingentes, que constituyen una base doctrinaria, internacionalmente validada y vigente que orienta en para la correcta preservación del patrimonio.

Una característica promovida por este grupo de especialistas consiste en la constante actualización temática aportando en temas fundamentales como la extensión del concepto de patrimonio, integrando nuevas categorías y temas a la discusión. Los primeros documentos, como la Carta de Venecia (1964) entregan lineamientos que siguen estando vigentes en tanto orientan respecto de metodologías además de principios y criterios de intervención, sin embargo, rápidamente se entiende la necesidad de abordar la valoración e intervenciones desde las particularidades regionales o locales, frente a la gran diversidad de manifestaciones culturales que forman parte del legado de los pueblos.

⁶ ICOMOS tiene representación en Chile desde el año 1969, oportunidad en que se funda el Comité Chileno del Consejo Internacional de Monumentos y Sitios, ICOMOS Chile. Actualmente reúne unos 30 profesionales que forman parte de la red internacional de especialistas. (www.icomoschile.blogspot.com)

⁷ Esta convención, suscrita por el Estado de Chile en el año 1980, constituye el marco referencial para la protección, manejo y salvaguardia de los sitios inscritos en la lista del Patrimonio Mundial, de ahí su importancia para nuestro país.

3. Comentario final

La preservación del patrimonio arquitectónico debiera llevarse a cabo en un ámbito de conocimiento, reflexión y creatividad, que integre su conservación y necesaria actualización. Sin embargo y en atención a características como el valor excepcional de ciertas obras, las particularidades técnicas, la significación para una comunidad, la relación con un paisaje, entre otras, las intervenciones que se practiquen debiera ser por sobre todo desde el respeto y conocimiento de la cultura local. Esta cultura local entendida especialmente desde sus habitantes y los procesos históricos de construcción de identidades.

A la toma de conciencia sobre el valor del patrimonio, la difusión e interés por su preservación debe integrarse una cualificación desde el propio contexto, lo que sin duda aportará a una mejor comprensión e intervención de este patrimonio construido, aportando al mismo tiempo a la propuesta de la arquitectura regional contemporánea.

A+C

Referencias Bibliográficas

Brandi, C. (1988). Teoría de la restauración. Madrid: Alianza Editorial.

Cieza de León, P. (1945). Crónica del Perú. Buenos Aires: Espasa Calpe.

Eco, U. (1990). La definición del arte. Barcelona: Ediciones Martínez Roca S.A.

Garcés, E. (2007). Las ciudades del Cobre. Santiago: Salesianos Impresores S.A.

Glacken, C. (1996). Huellas en la playa de Rodas: Naturaleza y cultura en el pensamiento occidental desde la Antigüedad hasta fines del siglo XVIII. Barcelona: Ediciones del Serbal.

Gutiérrez, R. (1997). Arquitectura latinoamericana. Textos para la reflexión y la polémica. Lima: Epígrafe Editores.

Gutiérrez, R. (1990). "Transculturación, rupturas y persistencias en la identidad arquitectónica americana", en Gutiérrez, R., dir. (1990). Estudios sobre urbanismo Iberoamericano. Siglos XVI al XVIII. Sevilla: Consejería de Cultura y Medio Ambiente.

Le Corbusier. (1999). Precisiones: respecto a un estado actual de la arquitectura y del urbanismo. Barcelona: Ediciones Apóstrofe.

Larraín, J. (1995). Identidad latinoamericana. En Estudios Públicos, N°55. Páginas 31-64.

Mark, R. (2002). Tecnología arquitectónica hasta la revolución científica. Arte y estructura de las grandes construcciones. Madrid: Akal Ediciones.

Waisman, M. (1990). El interior de la historia: historiografía arquitectónica para uso de latinoamericanos. Bogotá: Escala, 2009